

**1.2.** Nuestro personaje tiene intención de limpiar la ínsula de todo género de inmundicias y de gente vagabunda, holgazana y malentendida, reflejo perfecto de los bajos fondos de entonces. Resulta evidente que en los siglos XVI y XVII la clase ínfima de la sociedad española se distinguió por la vagabundez y el espíritu aventurero, presentándose el realismo de este vulgo, mezclado con cierta dosis de idealismo, con una originalidad y agudeza desconocidas en las restantes naciones europeas, debiéndose adjudicar buen parte al orgullo nacional, al sentido de la dignidad superior en el español de raza. Con la decadencia de la agricultura y de la vida rústica, la muchedumbre de emigrantes, que regresaba con las manos vacías a su patria procedentes de las milicias o de las Indias, dio un excesivo contingente a la legión de pordioseros y vagabundos, creciendo el número de detenciones y condenas de tal manera que las cárceles se convirtieron en escuelas de trapisondistas, truhanes y vividores.

**1.3.** En el texto se leen las siguientes palabras de Sancho: «Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos». Pues bien, ¿quiénes eran éstos? En el aspecto económico queda bien patente que eran los causantes de la desigualdad. Por otro lado, nos muestra Cervantes un programa de gobierno, en el que seguramente pensaba a la luz de la corrupción reinante: crisis del estado en todos los niveles, sociales, políticos y económicos. Aparte de ser los hidalgos los causantes, en cierto modo, de nuestra decadencia económica en la Edad de Oro, no podemos concluir que hubiese una aristocracia poderosa, como ya muy bien señalaba Menéndez y Pelayo. Políticamente, esta clase estaba totalmente anulada desde que el Cardenal Tavera la había separado de

las Cortes de Toledo. Para ello, podemos afirmar que no existía aristocracia con representación e influjo en los Estados.

La hidalguía en el siglo XVI, cuando no era heredada de los mayores, solía ganarse a punta de lanza, bien peleando contra turcos y franceses, ora conquistando América o venciendo en los campos de Flandes. La verdadera aristocracia, a excepción de unas pocas familias, había perdido autoridad y prestigio.

**1.4.** Entre las posibles metas de su gobierno, tendrá «respeto a la religión y a la honra de los religiosos». La fe del pueblo español era sólida y arraigada, sentida profundamente por el autor como se advierte en su obra. Se mostró Cervantes creyente ortodoxo, a pesar de ser el más laico de nuestros escritores de la época áurea (tomada la palabra en su recto y etimológico sentido) y de vivir en el comienzo del desplazamiento de lo religioso en relación con la generación de místicos y ascetas que precedió su obra, moviéndose no sólo dentro del más estricto catolicismo sino participando también con hechos ejemplares a la luz pública. Vivió la jornada de Lepanto considerándola una de las mayores glorias de la Cristiandad y el cautiverio avivó su sentido religioso.

**1.5.** Acabado su programa de gobierno, aderezándose de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, el cronista que tenía cuidado de traer a la memoria sus hechos, alguaciles, escribanos, etc., tantos que podría formar con ellos un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara (que no había más que ver) por las calles del lugar, cuando sintieron ruido de cuchilladas: al encontrar a dos hombres en acción, les somete a un interrogatorio intentando apaciguar la situación, acción

policial típica de la época. Las funciones de la policía ocupaban la función preferente de los municipios. El cuadro resulta tal vez un poco sombrío, pero los medios de que se disponía entonces para imponer el orden resultaban insuficientes. Los agobios económicos no permitían realizar grandes dispendios para mantener constante vigilancia. Las ordenanzas y estatutos sobre veda de armas eran poco eficaces y los mejores deseos se estrellaban contra la realidad. Falta también el apoyo ciudadano al ser tan frecuente la ocultación de criminales. Cervantes tuvo ocasión de conocer de cerca el mecanismo económico de los Municipios, como comisario de aprovisionamientos, y las penurias que sufrían.

**1.6.** Concluida la riña y hecha la paz, Sancho se expresa en los siguientes términos: «Ahora yo podré poco, o quitaré estas casas de juego, que a mí se me trasluce que son muy perjudiciales». Al terminar el siglo XVI, solían llamarse en germanía «coimas», «palomares», leoneras», etc. Por eso, los dueños o encargados eran llamados «coimeros» o, como se advierte en el capítulo, «garitos», donde se hace mención a unos aposentillos de las galeras denominados «garitas». El «barato» era la cantidad que se estipulaba se debía dar al huésped o dueño de la casa por el uso de ella y por proveer de luces y barajas. Los jugadores eran conocidos por «hures», «fulleros», «sages», «sages dobles», por su mayor sagacidad, denominada a su vez «treta», «flor», «pandilla», sinónimo de trampa, engaño y hurto. Las casas de juego, como constituían un tráfico donde unos a otros se robaban el dinero, estaban concurridas por gentes sin oficio ni beneficio, que se valían de este peligroso arbitrio para sustentar la vida. Con todo ello quiere acabar, como insinuábamos, Sancho.